

PRESENTACIÓN: LA NUEVA POLÍTICA DE MÉXICO HACIA AMÉRICA LATINA

MARIO OJEDA GÓMEZ

A PESAR del origen histórico común y de los lazos de lengua y cultura, que podrían suponer la base para un interés oficial de México en mantener estrechos los vínculos con América Latina, la realidad es que hasta fecha reciente, las relaciones con los países del sur ocuparon un lugar secundario en la escala de prioridades de la política exterior mexicana. Esto es particularmente cierto si vemos más allá de los intercambios artísticos y culturales, muchos de los cuales, por otra parte, se realizan fuera del marco oficial. El comercio con la región, por ejemplo, nunca ha significado para México, a excepción del periodo de la segunda guerra mundial, más del 12% de las exportaciones totales ni más del 5% de las importaciones. Las relaciones políticas a nivel bilateral se han reducido prácticamente a cuestiones de rutina con excepción de la materia de asilo político, que debido a los frecuentes golpes de estado que se registran en el área, le han dado a México la oportunidad de distinguirse como uno de sus más activos practicantes.

A nivel multilateral sí ha habido mayor dinamismo. México ha apoyado, por lo general, los esfuerzos tendientes a desarrollar una política común para la defensa conjunta de los intereses de los países del área. Sin embargo, esta actitud se ha limitado más bien a los asuntos económicos, como es el caso de la presentación conjunta de posiciones tendientes a mejorar los términos del tratamiento que otorgan a la región las grandes potencias y los organismos económicos internacionales en materia comercial y de ayuda financiera. Por lo demás, es de sobra conocida la precaria estabilidad y duración que han tenido los intentos de consenso latinoamericano en problemas que afectan a la región.

Las causas que explican —mas no justifican— esta actitud tradicional de pasividad oficial de México ante América Latina, son varias. En primer lugar hay que considerar algo importante que con frecuencia se olvida y es el hecho de que México sufrió durante y después de la Revolución un aislamiento hemisférico parecido al que Cuba tuvo que enfrentar

años más tarde con el advenimiento al poder de Fidel Castro. Este aislamiento fue producto de las presiones de Washington, pero sólo en parte. La persecución religiosa de tiempo de Calles y las reformas de Cárdenas, tenidas en los círculos oficiales del continente por "socializantes", le ganaron a México el repudio de un gran número de gobiernos latinoamericanos. La segunda guerra mundial, con la necesidad que trajo para los Estados Unidos de presentar un frente hemisférico de solidaridad a la penetración de las potencias del Eje, fue la que permitió superar las causas de ese aislamiento.

A decir verdad, el aislamiento también fue fomentado desde dentro, esto es, en el propio México. En una primera etapa posrevolucionaria los distintos gobiernos estuvieron demasiado ocupados con los problemas internos. De aquí que la atención prestada a los asuntos externos —con excepción de aquellos relacionados con los Estados Unidos los que por razones obvias se veían forzados a tomar en consideración— fuera mínima. Pero por otra parte, la misma experiencia histórica sufrida por México en materia de intervención extranjera, que dio pie al surgimiento de la autodeterminación y la no intervención como los principios básicos de la política exterior, llevó a confundir en la práctica a la no intervención con el aislacionismo, pensándose tal vez, ingenuamente, que la mejor forma de evitar las intervenciones del exterior era reducir al mínimo la necesidad de verse mezclado en asuntos extranjeros.

Un elemento adicional que ayuda a explicar el poco interés que ha tenido México por fomentar las relaciones con los otros países de América Latina es el magnetismo que han ejercido sobre el país los Estados Unidos, particularmente a partir de la segunda guerra mundial. Este magnetismo ha tendido a actuar como una especie de cortina que impide apreciar en toda su amplitud el valor que tienen los contactos con otros países y regiones. En este sentido podría decirse que las relaciones internacionales de México prácticamente se han visto dominadas por un desmedido bilateralismo con los Estados Unidos. La fuerte atracción que ejerce la gran potencia sobre su vecino inmediato no es, en esencia, distinta a la que sufre la mayor parte de los otros países del mundo. Sin embargo, en el caso de México ésta se ve notablemente magnificada por la proximidad geográfica. La influencia de los Estados Unidos se ha manifestado particularmente a través de la amplitud y riqueza de su mercado y de su fuerza productiva, que han tendido a ejercer un efecto de atracción monopolizadora sobre el comercio exterior mexicano; la potencialidad de sus recursos financieros, que se han volcado de este lado de la frontera en forma de inversiones —directas e indirectas— y que controlan en alto grado la economía del país; el alto nivel de su tecnología, que ha fomen-

tado y perpetuado la dependencia unilateral de México respecto de su vecino del norte; y la enorme maquinaria publicitaria, que al difundir masivamente en el país los hábitos de vida y cultura popular norteamericanos, ha creado expectativas de consumo en el mexicano de clase alta y media muy por encima de la capacidad económica del país, ha erosionado las bases de identidad nacional y abonado el campo para la penetración ideológica.

Un último factor importante que explicaría la baja intensidad de las relaciones de México con sus vecinos del sur, es la endémica inestabilidad política del área, que con sus frecuentes cambios de gobierno hace difícil la formulación de convenios y la continuidad de los mismos. El hecho de que la mayor parte de estos cambios de gobierno haya tenido su origen en golpes militares, debe haber influido también, indudablemente, en la frialdad oficial mexicana hacia el área. No hay que olvidar, además, que durante la etapa de la guerra fría un gran número de gobiernos latinoamericanos se plegó dócilmente a los dictados intervencionistas de la política exterior norteamericana, política a la que siempre se opuso México.

Sin embargo en 1971, con el ascenso al poder de un nuevo gobierno en México, que inició una política exterior de diversificación de las relaciones, se empezó a promover el acercamiento con la América Latina, fenómeno que constituyó un cambio notable respecto del previo aislamiento. Este acercamiento, sin embargo, no ha sido general, al menos en términos de relaciones bilaterales, sino que más bien se ha concentrado en ciertos países cuyo denominador común parece ser, o bien la cercanía geográfica al país o el signo izquierdista de sus gobiernos. En términos multilaterales el acercamiento se ha dado principalmente en el marco de la UNCTAD, la ALALC y el Pacto Andino, organismos todos ellos de carácter económico. Dentro de este cambio importante cabe destacar el proyecto de Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, instrumento concebido para la defensa de la soberanía económica de los países en desarrollo, que si bien no puede decirse con toda propiedad que haya sido concebido como un instrumento de acercamiento a la América Latina, no cabe duda de que el hecho de que éste haya sido presentado en el marco de la UNCTAD III, cuya celebración se llevó a cabo en un país latinoamericano que se encontraba bajo fuertes presiones del exterior, necesariamente dio color a la nueva política de México hacia sus vecinos del sur.

¿Cuáles son los factores que explican este cambio importante de la política exterior de México? ¿Cuáles han sido sus alcances reales y cuál la reacción de los países involucrados? Éstas son justamente las preguntas a las que tratan de dar respuesta los ensayos siguientes, analizando la

nueva política a la luz tanto de los cambios internos como internacionales. Es necesario advertir, sin embargo, que la colección de trabajos que se presentan no pretende abarcar totalmente el tema de las relaciones de México con América Latina. Más bien se trata de presentar, a través de estudios de casos, aquellos que se consideraron los cambios más importantes de la política exterior mexicana hacia América Latina.

En el primer artículo Ramón Medina Luna presenta lo que él considera ha sido la proyección de México en América Central, desde el punto de vista de un centroamericano que ha vivido en México por varios años y que le ha tocado estudiar de cerca la política exterior mexicana. Su análisis lo retrotrae a los años de gobierno de Gustavo Díaz Ordaz, quien fue, en realidad, el iniciador de esta nueva política de acercamiento a Centroamérica.

En el segundo artículo se analiza la historia *sui generis* de las relaciones de México con el régimen revolucionario cubano. En forma principal se busca encontrar explicación a la paradoja de que si bien México fue el único país latinoamericano que nunca rompió relaciones con Cuba y estuvo siempre en contra de la intervención unilateral o colectiva en la Isla, por otra parte mantuvo, durante varios años, una posición de frialdad y reserva en sus relaciones bilaterales con La Habana, a pesar de que éstas le reportaron una serie de beneficios concretos. Se analiza también, finalmente, cómo, en fecha reciente, se inicia un acercamiento gradual con Cuba que ha venido a dar contenido a las relaciones formales nunca suspendidas.

Carlos Arriola trata, en el tercer artículo, el tema de las relaciones de México con el gobierno socialista chileno de Salvador Allende. Explica cómo, con el acercamiento a un gobierno socialista, pero llegado al poder por medio de una elección popular, la política interna de "apertura democrática", diseñada para reconciliar a los sectores disidentes de izquierda con el gobierno mexicano, encontró un valioso aliado y cómo, por ello, las relaciones con Chile llegaron a entremezclarse con los difíciles problemas de política interna que el presidente Echeverría tuvo que afrontar durante la primera parte de su gestión.

El cuarto artículo, cuyo autor es Wolfgang König, analiza desde una posición neutral que le otorga el hecho de ser europeo, los cambios de actitud de México frente a la ALALC y otros esquemas de integración económica en América Latina. De este análisis se desprende cómo México pasó de una primera actitud de clara indiferencia a otra en la que ha demostrado un interés mayor tanto en su participación misma como en la dinamización del proceso de integración.

Finalmente, en el último artículo, Romeo Flores analiza las relaciones

de México con el grupo de países que constituyen el Pacto Andino. Es bien sabido que el Pacto fue creado por aquellos países que por su menor desarrollo relativo o mercado insuficiente fueron mostrando cada vez mayor insatisfacción con un esquema de integración que ponía énfasis en la desgravación con miras a un incremento en el comercio, enfoque que tendía a favorecer necesariamente a los mayores países del área, entre ellos México. Romeo Flores estudia en detalle las causas que dieron nacimiento al Pacto para poner de relieve la importancia que tiene la reciente asociación de México con dicho organismo, puesto que significa un cambio importante respecto de la previa actitud "comercialista" de México. El autor analiza también los esfuerzos por conjugar las posiciones de México con las del Pacto Andino en materias tales como complementación industrial, intercambio comercial y trato a la inversión extranjera, que son aspectos clave de la política del Pacto. De la lectura del artículo se desprende que si bien ha habido un cambio notorio respecto de la actitud original y se advierte un mayor dinamismo que en el pasado, México aún está en búsqueda de una política concreta.

Esperamos que el lector encuentre fructífero el esfuerzo por presentar las relaciones de México con América Latina bajo un enfoque que trata de superar el tradicional juridicismo y destaca en cambio lo que podría considerarse como —valga la redundancia— "el análisis político de la política exterior mexicana".